

Mamá

I

—¡Ánimo, condesa!... Un pequeñito esfuerzo más y todo está terminado... Apriete usted los labios, así, sin respirar... ¡Ajajá!... Otra vez... ¡Bravo!

—Valor, hijita, valor...

—Si es muy valiente, señor conde. Pocas he visto primerizas... ¿Otro dolor? Bueno; vamos a aprovecharlo... Muy bien... muy bien... ¡Ahora! Cuestión de dos segundos... ¡Más... más!... ¡Yá está aquí!... ¡Firme!... ¡Upp!... Admirable... todo terminó...

Se oyó un suspiro femenino, hondo, arrastrado, que parecía un lamento; se oyó un beso, como un chasquido, dado por el conde en la pálida frente de su esposa; le oyó al doctor exclamar: «¡Es una niña!...» y se oyó el gemido de un recién nacido que traía mucha fuerza y mucha vida, a juzgar por lo acompasadamente que comenzaron a funcionar sus pulmones.

A las dos horas, reposaba la señora condesa teniendo ya a su lado, en la suntuosísima cama, a la muñequita que el cielo acababa de enviarle.

La mamá no dormía; estaba más bien en somnolencia dulce barajando en el cerebro, un poquito febril, las halagadoras ideas que le sugería su nuevo estado de maternidad.

Todo era encantador para ella: el orgullo de mostrarse al mundo como mujer en plenitud procreadora; la vanidad, que ya saboreaba, de ver su nombre en las gacetillas periodísticas que no dejarían de decir, con muy bonitos encomios, que la bella condesa había dado a luz una robusta niña; el relato, en la prensa, del lujoso bautizo; las visitas de las amigas que se morirían de envidia...

Sólo la preocupaba una cosa. desagradable. La muñequita, a quien antes de acostarla habíanle arrimado a la boca un hisopillo impregnado de jarabe, ahora dormidita, hacía con los labios movimientos casi imperceptibles, como si quisiera gustar nuevamente el hisopo. Habría que darla de mamar. Habría que arrimarla al pecho...

A la condesa la horripilaba esta idea, e inconscientemente retiró un poquito a la niña de su lado.

No, eso no... Bien sabía ella, por haberlo oído siempre, que el parir embellece i el criar envejece. Demasiado haría con sufrir las molestias del embarazo y los dolores del parto, para colocar muñecos en este mundo; pero estaba dispuesta a no pasar ni un ápice de estos límites.

Ya hablaría ella con el doctor a solas; y así como no la había negado otros caprichos durante la preñez; no le negaría

ahora esto, que no era capricho, no, antes bien una necesidad, un derecho sagrado, sacratísimo: el derecho de defensa... de su belleza.

No hubo ni necesidad de convencer al doctor. A las primeras palabras de la condesa, vió como en un espejo hasta los más íntimos reflejos de sus pensamientos.

—La señora condesa no puede criar, no debe criar, y yo no he de consentirlo aunque con ello contrarie sus hermosísimos y naturalísimos sentimientos maternales. Provisionalmente se encargará de amamantar a la niña una nodriza que yo mismo he escogido... Y digo provisionalmente—añadió fijando su escudriñadora mirada en los ojos de la condesa—porque después de haber meditado profundamente sobre este gran problema, me siento inclinado a disponer que la niña, pasados tres meses que yo necesito también para hacer un estudio diario y concienzudo de su cuerpo, se críe en el campo, al aire, al sol, nutrida por el licor abundante y rico de una aldeanita, como los hijos de los labriegos de carnes tostadas, músculos de hierro y sangre roja saturada de oxígeno...

El conde asintió a las indicaciones del doctor, y la condesa, dando un suspiro y enviando a la vez una mirada de reconocimiento al viejo galeno que tan bien adivinaba sus más recónditos deseos, expresó su resignada conformidad a todo lo que se dispusiese en provecho de su hijita.

A los tres meses justos, tiempo admirablemente calculado por el doctor para que la condesa sintiese satisfechos vanidades y orgullos mundanos de niña que muestra su juguete para causar envidia, la chiquitina fué llevada a la aldea.

La mamá en persona, hizo el viaje para ponerla en brazos de la guapota ventera, y el pueblo pasó absorto por delante de los señores condes admirando a la niña, y más aún las canastillas de ropita blanca como la espuma.

II

No tuvo, por fortuna, más hijos la señora condesa y embelleció tanto, que más que de soltera causaba la admiración y picaba los deseos en las reuniones del gran mundo.

La niña... la niña rebotaba salud y fuerzas en el poblacho. Se habían cumplido todas las previsiones del sabio doctor, y éste, por las insinuaciones y miradas de la mamá, comprendía que a la niña le hacía falta mucho campo, mucho campo...

Criar a los niños no sólo es darles el pecho durante algunos meses; a la alimentación de la nodriza ha de seguir la alimentación sana de los productos no mixtificadas, el correr al aire y al sol

como los hijos de los labriegos, el beber en las aguas cristalinas de los arroyos, el ingerir la leche de la vaca recién ordeñada...

—La niña no debe venir por ahora del campo. Que crezca, que se desarrolle, que adquiera las fuerzas necesarias para que llegue a ser, con el tiempo, tan mujer y tan bonita como su mamá... Ya verá, ya verá la señora condesa como ha de agradecerme, pues este nuevo sacrificio que me atrevo a imponer a sus hermosísimos y naturalísimos sentimientos maternales...

Y la niña no vino hasta que hubo bien cumplido los seis años.

Sanota y tostadota, vino, pero ordinaria también.

El problema de la educación, del desbaste, del pulimento, se imponía con urgencia suprema.

El zorro galeno se inhibió en el asunto. El había dirigido y vigilado el crecimiento corporal y se sentía satisfecho de su obra. El desarrollo del alma no le incumbía. La mamá era quién había de decidir en materia tan delicada, asesorándose, si acaso, del director espiritual, jesuita de grandes talentos, mentor del gran mundo, jardinero celoso y experto de las almas, que así sabía enderezar retoños, como injertar familias, como podar o sangrar árboles enfermos.

El padre Bibis, como le llamaban en los salones, por lo mucho que arrastraba la pronunciación de las *eses*, se penetró bien pronto de los deseos de la condesa.

—El Sagrado Corazón de María Santíssima está glorificado por los dolores que sufrió por su amantíssimo hijo, separándose de su lado desde la más tierna infancia. Imitemos, señora condesa, cuanto sea dable a nuestra carne pecadora, aquel celestíal ejemplo de manssedumbre... Goce su corazón, señora condesa, con el martirio que ha de producirle otra larga ausencia de su pequeñuela. El sentimiento maternal, que es harto grossero, sólo se diviniza con el sufrimiento...

No necesitaba la mamá ni muchas *esses* ni muchas pláticas para convenirse.

Quedó convenido que la niña debía recibir su educación cristiana en un colegio de jesuitinas del extranjero, y sólo se demoró la partida mientras quedaba confeccionando el equipo de la colegiala.

La mamá en persona hizo el viaje para ponerla en manos de la superiora, que acarició a la niña, con caricias forzadas, en tanto que se oía por los corredores fuerte cuchicheo levantado entre las educandas por la presencia de los señores condes y de la nueva abejilla que entraba en la colmena.